

UNA CERILLA ENCENDIDA

ARCADI ESPADA

El asesino de Aly Herscovitz fue ahorcado el 16 de abril de 1947 en el campo de Auschwitz, del que fue comandante. Se llamaba Rudolf Höss, había nacido el 25 de noviembre de 1901 en Baden-Baden y al morir dejó esposa, cinco hijos y un libro autobiográfico: *Yo, comandante de Auschwitz*. Los detalles que se conocen de su vida y obra son numerosos. Se comprende y se admite que un empresario potente sea más conocido que sus empleados, que lo mismo pase con un celebrado escritor y sus lectores, con un político y sus votantes o con un deportista y sus seguidores. El problema es que tan obvias desigualdades se reproduzcan con los asesinos. De casi cualquier asesino se sabe más que de sus víctimas. Es lógico que así sea. Pero la evidencia no deja de causar un hondo y sordo malestar cuando el crimen se observa desde la víctima.

La historia que este libro narra tiene el propósito de ajustar cuentas con un gigantesco asesino. El modo es el de volver a la vida a uno de los centenares de miles de seres humanos que mató. Evidentemente, el propósito se desarrolla en el marco de los hechos simbólicos. Aly está muerta, como Höss está muerto. Pero tampoco se devuelve rectamente a la vida a ninguna víctima condenando y ejecutando a su agresor. Los hechos simbólicos de un escritor difieren de los que establecen un juez y un verdugo, y así ha de ser. Pero es indiscutible que comparten algo de su naturaleza.

Hace dieciséis años, cinco personas, de edades y profesiones diversas y que vivían en distintas ciudades europeas, se conjuraron para darle cuna y tumba a una víctima del Holocausto. No era exactamente lo que se entiende —de muy mala manera se entiende— por una víctima anónima. Su nombre y su tragedia aparecen en un rincón de la obra de un gran escritor español: Josep Pla. Un par de años antes de que comenzara la investigación yo había publicado un breve ensayo biográfico sobre Pla en el que se aludía a

las mujeres que (más o menos) había amado. Una de ellas era Aly Herscovitz, con la que diecinueve años antes de que fuera asesinada había intimado en Berlín. Era la única, entre sus amantes, que aparecía en su obra con nombre y apellido, pero los detalles de su vida y muerte eran desconocidos. Mientras redactaba el ensayo pensé muchas veces en Aly y en la posibilidad de investigar su tragedia. Una visita posterior a Berlín reactivó mi interés. Y di con las personas adecuadas —la primera Sergio Campos, que a partir de entonces empezó a ser el brioso e incansable motor de mis investigaciones— para que el interés cuajara en uno de los proyectos periodísticos más conmocionantes de mi vida.

La investigación no habría podido plantearse sin la existencia de una herramienta de conocimiento que ha impactado profundamente en la vida intelectual de nuestra época. Esta investigación pertenece al momento seminal de Internet, en el que las más audaces expectativas estaban abiertas y el investigador se sentía como un titán inédito y poderoso, capaz de abarcar todo lo que se sabía, y podía saberse, en este mundo. Internet permitía, para empezar, que esas cinco personas, Sergio Campos en Berlín, Xavier Pericay en Palma de Mallorca, Eugenia Codina en Róterdam, Marcel Gascón en Bucarest y yo en Barcelona se comunicaran con inmediatez e intercambiaran informaciones y puntos de vista sobre la investigación, que podían ir de lo más banal y episódico a lo más trascendente y complejo. Al mismo tiempo Internet facilitaba la consulta de archivos, hemerotecas y bases de datos, y el contacto con personas que en cualquier lugar del mundo pudieran ayudar en la investigación. Y aún había algo más, particularmente excitante para un escritor. La narrativa digital alargaba las posibilidades expresivas más allá de la escritura: imágenes fijas o animadas y audios de cualquier clase podían insertarse sin dificultad en el discurso. De modo que al poco de abrir un blog —el novedoso formato tan de moda entonces— nos dimos cuenta de que la intención inicial, que era hacerlo servir de ordenado almacén de las investigaciones, podía convertirse en algo mucho más ambicioso, es decir, en una forma de contar una historia. Hasta tal punto nos pareció inédita que ideamos un neologismo para identificarla: *blook*.

En el trance de incorporar lo que acabarían llamándose *nuevas narrativas* —un trabajo apasionante y agradecido, pero laborioso hasta lo enervante— colaboró decisivamente con el grupo Verónica Puertollano, que tenía mejor conocimiento que cualquiera de nosotros sobre las cuestiones puramente técnicas. Y que si no lo tenía, lo adquiría a fuerza de horas y del infalible método ensayo/error. Lo que estábamos haciendo no era un libro ni un programa de radio ni una película porque era todo eso a la vez. Cuando decidimos que la historia estaba explicada al límite de nuestras posibilidades, y aun conscientes de que las características digitales del *blook* reforzaban la naturaleza de obra abierta que tiene cualquier ensayo biográfico, lo acabamos de empaquetar bellamente y lo pusimos a la venta. Lo digo con franqueza: era un trabajo del que sentirse orgulloso. A la descripción de la tragedia se añadía un empeño por la belleza narrativa que era otra forma de redención. Por desgracia, no pasaron del medio centenar las personas que pudieron opinar lo mismo. A pesar de que el descubrimiento de la identidad de Aly Herscovitz fue noticia en varios periódicos, el *blook* fue un *bluff* de distribución. Si había sido una de las investigaciones más conmocionantes de mi vida, también fue la más ruinosa. Era muy pronto, simplemente, para que un libro digital tuviera éxito, aunque fuese relativo. No había costumbre ni facilidades de uso. Baste decir que el iPad, su soporte ideal, era entonces una expectativa que no se materializaría hasta un par de años más tarde. La inclusión posterior de la obra entre la oferta del diario *Factual* hizo que fuera conocida por un número mayor de personas. Pero la vida de *Factual* resultó escandalosamente efímera.

Durante años, y a pesar de las novedades tecnológicas, el *blook* fue languideciendo en los fondos abisales de internet. De vez en cuando alguien llegaba a él y solía reaccionar con una mezcla de admiración y agradecimiento. Aunque en las reacciones solía haber también el aviso de algunas desagradables incidencias: *links* que no funcionaban, páginas que no podían abrirse, *plugins* que habían quedado obsoletos. La más desagradable sorpresa que nos ha dado Internet en estos años ha sido, precisamente, su caducidad y su inestabilidad. Desde 2004 tengo abierta una página (www.arcadiespada.es) con todo lo que he escrito en este tiempo. Una

parte importante son las anotaciones de un blog que mantengo con obstinación diaria. Pues bien: demasiadas de esas anotaciones son ininteligibles, porque su sentido está asociado a alguna forma de hipervínculo que ya ha desaparecido. Los que empezamos a escribir en Internet con sumo optimismo *techie* nunca pensamos que el destino de algunas de nuestras más sofisticadas maniobras estilísticas fuera el de la *page not found*. Internet ha demostrado una gran desconsideración con los escritores. No solo ha sido incapaz, a veces, de preservar sus creaciones, sino que tampoco ha innovado la operación de escribir y la operación de leer. Baste comprobar, por liminar ejemplo, el aspecto tosco y las rudimentarias posibilidades de manejo que tienen la inmensa mayoría de los *e-books* comercialmente disponibles. No hay duda de que el libro, a diferencia del periódico, es un objeto de una gran perfección técnica y de una facilidad de manejo casi siempre adecuada. Pero debe algo de su perdurabilidad —aparte de la que determina su condición de objeto, a veces muy bello— al estado casi vegetativo de su gemelo digital. No voy a examinar ahora las razones de este fracaso y del subsiguiente desencanto de algunos, pero puedo aventurar que las personas que leen y escriben en mi época no suelen interesarse por el sistema digital, al que siempre miraron con desconfianza y temor; y los que sí se han interesado hasta ser uña y carne, incluso laboral, del sistema, desdeñan la escritura y la lectura. El leer y el escribir en Internet nunca han tenido ni los ingenieros ni la masa crítica que han tenido los videojuegos.

El *blook* de Aly sufrió especialmente por estos problemas. El sentido de algunas de sus anotaciones se perdió y la evolución del *software* convencional, y por tanto disponible, no permitió su rescate ni tampoco la mejora de algunas de las interfaces más frágiles. Algo tozudamente —y en esa tozudez destaqué— el grupo de investigadores se mantuvo reacio ante la posibilidad de darle a la historia otra salida narrativa. Hasta que la posibilidad se trocó en necesidad hará un par de años. El desván donde Aly Herscovitz almacenaba polvo de olvido en bits traicionaba el primero de los objetivos morales que habían impulsado la investigación de su historia. Y fue así como el grupo decidió escribir un libro titulado *Aly Herscovitz. Cenizas en la vida europea de Josep Pla*, que llevara en su portada el

rostro de aquella muchacha tan joven, no muy alta, llena, de ojos grises y dentadura blanca, a la que el escritor empezó a amar cuando el dólar valía 300 millones de marcos y a la que nunca olvidó.

Los libros necesitan escritores, pero ese era el menor de los problemas. Entre nosotros estaba el escritor dotado del talento, el conocimiento, la meticulosidad y hasta la paciencia suficientes como para hacer con toda la notable información reunida un libro. Nada más que un libro. Nada menos. Xavier Pericay no solo tiene esas virtudes sino que además es un conocedor profundo —quiero decir no meramente alquilado— de la vida y la obra de Josep Pla. De hecho nuestra amistad, que ya cumple más de treinta fértiles años, ha sido en buena parte una conversación sobre Pla y figuras allegadas. Tal conocimiento, con la capacidad de evaluación que conlleva sobre los detalles realmente sustantivos, era imprescindible. Aly era la protagonista de la historia y de la Historia, por supuesto; pero ninguno de nosotros olvidábamos que Pla fue la cerilla encendida que la iluminó un día, cumpliendo así el sentido indiscutible que tiene la escritura. Pero es que además la biografía de Aly —si es que se puede aplicar esta ambición a las notas desdichadamente dispersas sobre su vida que han podido reunirse— era también un fragmento de la propia biografía planiana: de su vida y de su obra, tan retorcidas bajo el plasma de una cegadora claridad.

El asesinato de Aly Herscovitz fue ahorcado el 16 de abril de 1947 y este libro se acabó de imprimir el 15 de noviembre de 2023.

Para Robert Herscovici, en su ochenta aniversario

*En memoria de Aly Herscovitz, en el centenario
de su encuentro con Josep Pla en Berlín*

PRIMERA PARTE



Aly en Hamburgo, octubre de 1929.

El 20 de febrero de 2007 Arcadi Espada se hallaba en Berlín. El Instituto Cervantes le había invitado a hablar, junto a otros periodistas, de opinión pública y pluralismo mediático. En el Cervantes berlinés trabajaba ya entonces como ayudante de biblioteca Sergio Campos. Sergio, que rondaba la treintena, estaba casado y tenía una hija, y conocía a Arcadi del mundo de los blogs. Arcadi había puesto en marcha en 2003 uno llamado *Diarios* y Sergio era uno de los que no faltaban nunca a la cita. Su voracidad lectora —los libros eran su pasión y, raro en un bibliotecario, lo eran también por dentro— se manifestaba a menudo en sus aportaciones a aquel singular *pêle-mêle* de pareceres.

Marcel Gascón tenía entonces poco más de veinte años. Era, pues, muy muy joven. Marcel no andaba por Berlín, como Sergio, sino por Bucarest, compaginando un erasmus con una novia —algo muy acorde con la época— y con sus primeros escauceos como corresponsal de la agencia EFE. Estaba cursando la carrera de periodismo en la Complutense madrileña —«el reino del *No a la guerra* con botellón y porro», según sus propias palabras— y participaba asimismo con sus comentarios en el blog de Arcadi. Fue el propio Arcadi quien le aconsejó que cursara periodismo en Madrid y no en Barcelona —puestos a aguantar necios, mejor los necios a secas que los *nacionalistas*— y quien le sugirió más adelante que se largara de España a la primera ocasión. Su presencia en Bucarest y sus colaboraciones con EFE eran un primer paso.

Eugenia Codina, aun cuando estuviera aquellos días de viaje por San Francisco, residía en Róterdam, dedicada, entre otras labores, a la enseñanza y su didáctica. De tarde en tarde añadía su voz a la del resto de los comentaristas de *Diarios*. En junio de 2005 Eugenia

había asistido en otro Cervantes, el de Utrecht, a un coloquio titulado «La lección holandesa en el realismo de Pla», en el que habían intervenido Arcadi, biógrafo de Pla, Xavier Pericay, traductor de Pla al castellano, y Adri Boon, traductor de Pla al holandés. Los tres fueron invitados, sobra precisarlo, en razón de sus méritos respectivos, por más que en febrero del año siguiente una diputada de *Convergència i Unió* preguntara en el Parlamento autonómico qué demonios hacían allí los dos primeros. El caso es que, terminado el coloquio, la directora del Instituto presentó a Eugenia, una catalana casada con un holandés y asidua a los actos del Cervantes, a los dos catalanes participantes en el coloquio. Y, lo que son las cosas, resultó que aquel encuentro fue de algún modo un reencuentro, puesto que existían entre Arcadi y Eugenia lazos adolescentes.

Y Xavier, en fin, tras abandonar su ciudad natal, Barcelona, vivía desde hacía cuatro años en la que ya era su isla, no a la manera de Henri Salvador, ciertamente, pero casi. Rara vez ponía algún comentario en el blog de referencia, lo que no significa, claro, que no lo leyera cada día sin falta.

Ese 20 de febrero de 2007 Arcadi llevaba ya unos días en la capital alemana. Nada más llegar, había visitado en compañía de Sergio el Memorial del Holocausto. De ello había dejado constancia, como solía, en el blog: «Vamos a ver enseguida el memorial de Eisenman, las pirámides de la gente corriente, asesinada. Conmueve, y es de una inteligencia superlativa. Se trata de un cementerio al revés. Bajo tierra está la vida (se oyen bien las risas y los disparos) y arriba las tumbas [...]». La visita también le había servido para reparar en que el Memorial posee una base de datos con los nombres de los judíos exterminados. Y para acordarse de aquella novia judía de Josep Pla que había muerto, al decir del escritor, asesinada en una cámara de gas. Pero en aquel momento no recordaba con precisión la grafía del apellido, por lo que no pudo comprobar si figuraba o no en la base de datos. Quedó, pues, con su amigo bibliotecario en que a su regreso a Barcelona lo buscaría y se lo comunicaría, para que este pudiera echar una ojeada a los archivos digitales y comprobar si aquella mujer estaba o no entre las víctimas.

El nombre que la memoria escondía era el de Aly Herscovitz. Y la circunstancia que hacía al caso se hallaba en *Notes disperses*, el

dietario donde se agrupan retazos de la vida y el pensamiento de Pla correspondientes a las primeras décadas del siglo XX y que, al decir del escritor, «constituyen un complemento de *El quadern gris* sin el dogal de la cronología». El fragmento en cuestión llevaba un epígrafe, «La señorita Aly Herscovitz». Anunciaba, pues, un retrato. Y lo que venía a continuación cumplía en buena medida las expectativas:

La conocí en Berlín cuando el dólar valía trescientos millones de marcos, y la relación duró más allá de la estabilización de la moneda alemana, que se estableció a base de: un dólar = cuatro billones doscientos mil millones de marcos. Era judía, tenía la familia en Leipzig, establecida en el comercio —familia proveniente de Iasi, en las bocas del Danubio, en el mar Negro—. Era muy joven (veintiún años), no muy alta, llena, rubiales, ojos grises, dentadura blanca, poco preocupada por la manera de vestir. Había recibido una enseñanza y una educación muy buenas, dominaba el francés y el inglés, y tenía una conversación agradableísima. Me contó muchas cosas de la vida intelectual de Leipzig —población que adoraba— en la época de Goethe.

La conocí en el café —probablemente en el Romanisches Café, muy cerca de Kurfürstendamm—. La invité a cenar; aceptó, y al cabo de dos o tres comidas vino a vivir al piso donde yo vivía como realquilado de la señora Behrens, en una calle cuyo nombre no recuerdo, muy triste, alejada del Berlín de los extranjeros. Le gustaban la vida de restaurante —era aficionada al Wiener-Schnitzel— y los cafés, sobre todo si había música. Yo supuse al principio que, como judía, le gustaba una determinada clase de música; pero, en realidad, lo que más le gustaba eran las piezas de música militar, con instrumentos de viento, las marchas ruidosas e impelentes, que electrizaban a los alemanes y la electrizaban a ella. La señorita Herscovitz era una gran admiradora de Alemania y de sus virtudes patrióticas —o eso decía al menos.

Cuando yo me levantaba, a las doce de la mañana, hacía ya mucho tiempo que había salido de casa. Era madrugadora, a la manera positiva y germánica. No supe nunca exactamente a qué se dedicaba. Decía que trabajaba como secretaria e intérprete de los extranjeros que se encontraban en Berlín, o que acompañaba a comerciantes de provincias que venían para sus negocios. Era muy activa, tenía una admirable resistencia ante las dificultades invernales; no creo, pues, que le

costara mucho subsistir, con una apariencia al menos alegre y animada. Llevaba un abrigo de pieles un tanto deshilachado pero eficiente. Tenía siempre hambre y sed, le gustaban los sitios donde había mucha gente, fumaba sin parar cigarrillos Muratti. Con todo, la fabricación de billetes era enorme y las cosas tenían una tendencia al alza muy rápida. Cuando se hacía de noche, volvía a casa indefectiblemente, con la piel de la cara helada y colorada, y con los ojos brillantes. Un día me aseguré que con el trabajo que hacía ganaba suficiente para pagarse la habitación, el desayuno, la comida y el fumar, pero que tenía la cena muy incierta y colgada del aire. De ahí que muchos días saliéramos a cenar, sobre todo a un restaurante de Wilmersdorf que era muy de su agrado. Era un establecimiento frecuentado por señoras sáficas que me pareció muy corrompido, es decir, nada natural y muy artístico y literario. En otras ocasiones, la señora Behrens servía unos pisco-labis muy escasos, con alguna que otra taza de té.

En eso, se acabó un buen día la inflación monetaria y pasamos de un dólar = cuatro billones cuatrocientos millares de marcos, a un dólar = cuatro marcos con veinte pfennigs. Esta aparatosa diferencia convirtió las pobres divisas que yo recibía en pura inanidad. Mi subsistencia se volvió muy precaria. Si la inflación me había permitido hacer algunos extras, la deflación me hizo pasar hambre. Me hizo pasar hambre desde el punto de vista material; desde el punto de vista moral, tuve la satisfacción de asistir al final de una inmensa canallada que había durado demasiado e iba a provocar incalculables consecuencias catastróficas. La señorita Herscovitz también se alegró —se alegró por patriotismo, es decir, por la esperanza de que Alemania fuera a entrar en la normalidad—. Me marché de Berlín y me instalé en París. Al cruzar Alemania en tren, pude hacerme cargo de los inmensos progresos que el partido de Hitler había hecho durante la inflación. La proliferación del vestuario del partido era muy vasta.

En París recibí una carta de la señorita Herscovitz en la que me decía que le habían salido manchas en la piel; que había ido al médico; que después de los análisis le habían diagnosticado una sífilis en estado avanzado; que el médico le había propuesto ingresar en un hospital. Añadía que estaba muy asustada; que lo que le asustaba por encima de todo era pensar en su familia de Leipzig, tan honorable; que le resultaba absolutamente imposible entrar en un hospital porque

no estaba dispuesta a dar a sus padres semejante disgusto. Le propuse venirse a París, lo que hizo enseguida que tuvo el pasaporte arreglado. No le resultó difícil: tenía una gran habilidad para esta clase de trabajos. En París conseguí, a base de una recomendación de M. P., un conocido político, su entrada en un establecimiento clínico del Boulevard de Port-Royal, donde la curaron. Una vez restablecida, París fue de su agrado: se puso a trabajar, fue modelo de varios escultores y se ganó muy bien la vida. Entró en una independencia total. Habiendo tenido que dejar París por una temporada, que el trabajo prolongó, al volver me dijeron en el hotel que la señorita Herscovitz vivía, que había vuelto a Alemania. Me lo dijeron cariacontecidos, porque aquella chica había conseguido hacerse querer.

Años más tarde, en plena segunda guerra general, supe la noticia de la existencia, en Alemania, de campos de concentración, con hornos crematorios destinados especialmente a los judíos que no habían podido emigrar. Un movimiento fulgurante de la intuición me hizo suponer que la señorita Herscovitz había sido quemada. Acabada la guerra, a través de un organismo internacional radicado en Suiza, traté de asegurarme. Me dijeron que no se dedicaban a esta clase de trabajos. Tal vez hubiera sido más eficaz buscar las noticias a través de Leipzig. Pero ¿cómo ponerse en comunicación, en aquellos años terribles, con la zona rusa de Alemania? Así pasaron los primeros diez años. El paso del tiempo lo ha confirmado todo. ¡Pobre criatura! Cuanto más incierto es el recuerdo, más dolorosa y trágica es la catástrofe final.

2

Sergio disponía, pues, de mucho más que lo indispensable para la búsqueda. Tenía el nombre y tenía la descripción de aquella novia judía. La base de datos del Memorial, JewishGen's Holocaust Database, buscaba en decenas de bases de datos más pequeñas que contenían todo tipo de información: supervivientes de alguna ciudad concreta, asesinados en diversos guetos, muertos en hospitales de los propios guetos, exterminados en campos de concentración, etc. En total, reunía más de un millón de registros, lo que no suponía una cantidad exhaustiva. En el JewishGen's Holocaust Database se

podía buscar por el apellido Herscovitz. La búsqueda la hacía por aproximación. Así, además de Herscovitz, podía dar con variantes como Hirschowitz o Hirschwitz, pongamos por caso. Con la grafía que utilizó Pla salían 350 registros. Y no había muchos que cumplieran con las características conocidas de Aly —sexo, edad, origen—. Casi no había alemanas. Dominaban las polacas, las húngaras y las rumanas. Y, en todo caso, al apellido le faltaba la conjunción con el nombre de pila para aventurar que pudiera tratarse de ella.

Para encontrar el rastro de la señorita Herscovitz, existían también otras vías, además de las relacionadas con la muerte. Podía indagarse, por ejemplo, en las guías de Berlín de las primeras décadas del siglo XX. Aunque aquí, de nuevo, la búsqueda resultó infructuosa. Eso sí, en la correspondiente a 1934, por ejemplo, aparecía un tal «Xammar, Eugenie, Journalist». En 1934 Eugeni Xammar, que llevaba residiendo en Berlín una larga década, se ganaba la vida como corresponsal del diario *Ahora*, entre otras ocupaciones, y había sido y seguía siendo amigo de Pla. No tan amigo como once años atrás, quizá, pero, en definitiva, viejo amigo. Y es que entre agosto de 1923 y febrero de 1924 esos dos periodistas habían disfrutado en pareja de las ventajas que supuso en aquellos tiempos para un extranjero —incluso para uno originario de un país cuya moneda, al cambio, pesaba más bien poco— la vertiginosa caída del marco. No sólo en Berlín; también recorrieron Baviera, Sajonia, Silesia, el Rin, etc. En sus memorias dictadas, Xammar alude a esta época y, en concreto, a una maleta: «Josep Pla se cansó pronto de vivir en Berlín y se fue a París y se llevó, naturalmente, su equipaje, una gran maleta, de la que su amiga de la época —una holandesa bastante fea— decía que era *'son domicile'*».

La amiga de la época no era otra que Aly, claro. Y el hecho de que se refiriera a tan singular domicilio en francés, tal como recuerda Xammar, se explicaba sin duda por el dominio que la señorita Herscovitz tenía de esta lengua, como sabían por el retrato que nos dejó Pla, y al tiempo por la dificultad, cuando no la imposibilidad, del novio de comunicarse en alemán o en inglés. Lo de holandesa, en cambio, no concordaba con sus reminiscencias. Ni tampoco lo de bastante fea, no hacía falta añadirlo. Se ve que aquella joven no le caía demasiado bien a Xammar.